

Visita
al territorio de

Alberts Bels



V

La visibilidad era casi nula.

El coche avanzaba trabajosamente por la pendiente empinada hendiendo la niebla nocturna con su haz de luz amarillenta.

Sobresaliendo de entre un maremágnum de ramas y hojas, un oscuro tronco de árbol surgió atravesado en la carretera. Edmunds Bērzs levantó el pie del acelerador, pisó el embrague y el freno, tirando fuerte a la vez del freno de mano. El coche se quedó en punto muerto.

Bērzs salió del coche. Sus pies se hundieron en la grava suelta y en ese mismo instante recibió un golpe en la cabeza con algo blando, suave y pesado. Sintió como si la tierra misma se echara a rodar como un enorme balón medicinal y notó en la boca el sabor repulsivo de su propio ácido gástrico.

Recuperó la conciencia en el interior del coche, en el asiento trasero, encajado entre dos hombres. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban viajando ni de dónde estaban. Le pareció que los hombres habían estado hablando entre ellos porque una frase se había alojado en su conciencia como el zumbido de un insistente moscardón: «La vida de los pájaros libres es más breve que la de los pájaros cautivos».

El coche se detuvo. Sin decir palabra, y con evidente destreza, los hombres sacaron a Bērzs del coche. Se resistió, pero no gritó. Más que miedo, sentía sorpresa y rabia. Le dolía la cabeza.

En silencio, actuando con eficiencia, condujeron al rehén a través de una maleza áspera, arrastrándolo por las cuestas y haciéndolo rodar ladera abajo, conduciéndolo a empujones por entre árboles caídos, hasta salir a un lugar menos boscoso.

Cuando llegaron al fondo del barranco, Bērzs se encontró con una jaula.

Su cuerpo rodó hacia adelante, impactando con violencia contra el suelo de cemento. Se incorporó inmediatamente de un salto y se precipitó hacia la salida, pero un cerrojo enorme se cerró delante de él. Los tres hombres desaparecieron entre los arbustos. Bērzs ni siquiera había conseguido entrever sus rostros. Hubo una agitación de ramas en la oscuridad y después solo se oyó la solitaria voz del viento.

«¡Así es como lo hacen!», fue su primer pensamiento. «¡Ladrones de coches!». ¿Ladrones? Sin duda alguna, eran criminales empedernidos y, sin embargo, Bērzs sintió una especie de gratitud hacia ellos. En algún lugar en el fondo de su corazón una voz serena y desapasionada le dijo: «Podría haber ocurrido. Estuviste muy cerca de lo peor».

Bērzs intentó forzar el cerrojo, pero descubrió que estaba colocado de tal manera que, desde el interior, le era imposible alcanzar el pasador, cubierto por una pieza redonda de acero con bordes curvos.

Examinó la jaula. Era de unos ocho metros por seis y unos dos metros y medio de altura, construida con barrotes de acero. Entre ellos se podía introducir el brazo cómodamente hasta la altura del hombro, pero eso era todo. La jaula en sí estaba fijada a una base de cemento, con los barrotes firmemente incrustados en ella.

Bērzs recorrió la jaula paso a paso. Escudriñó cada palmo del suelo de cemento. Tanteó y tiró de cada barrote, buscando alguna juntura floja, alguna rendija por la que escapar. La examinó también por arriba, comprobando la soldadura de los barrotes por su parte superior.

Todo en vano. Era una construcción sólida, obra de un experto. Una jaula enorme e inquebrantable, una auténtica jaula.

Tras una hora de intentos infructuosos, Bērzs concluyó que no le sería posible escapar por sus propios medios esa misma noche.

En algún momento habían tenido caballos encerrados en aquel lugar. En una de las esquinas había una pila de estiércol, hojas secas del año anterior y restos de paja. Sobre la pila había docenas de setas no comestibles o venenosas. Algunas espigas sueltas se mecían en la brisa nocturna.

Un murmullo metálico resonó a sus pies. Bērzs se agachó y recogió del suelo un trozo de alambre, como de un metro y medio. Sin pensarlo demasiado, lo volvió a tirar. Le dio también una patada a una lata vacía de

frutas en almíbar de la marca Bulgarplodexport. En otro rincón de la jaula había un comedero en bastante buen estado, parcialmente lleno de agua de lluvia estancada. Eso era todo.

La luna emergió de entre las nubes. Comenzaron a rutilar las estrellas. La niebla se había dispersado, pero le resultaba imposible ver lo que le rodeaba. Las laderas empinadas y boscosas del barranco lo impedían: por todos y cada uno de los costados de la jaula crecía una espesura de árboles y arbustos. Era extraño. ¿Cómo había llegado la jaula hasta aquel bosque? ¿Quién había construido aquel artefacto tan sólido? Bērzs barajó varias hipótesis, pero ninguna tenía mucho sentido.

Pasó una noche atroz.

Bērzs se echó sobre el cemento tras amontonar las hojas más secas en forma de un pequeño túmulo. Sentía los huesos helados y aplastados contra la dura superficie del cemento. A causa de la gota, los ecos de un dolor agudo le recorrían toda la pierna. Parecía como si alguien hurgara en él con un cuchillo romo, hendiendo y desgarrándole a la altura de la cadera. El dedo gordo del pie le dolía igual que si se lo hubiera pisado un elefante. Era una tortura física atroz, como si el hueso fuera a astillarse en finísimas lascas.

De otras cosas no se preocupaba en exceso. Pensó que podría salir de allí cuando pudiera examinar detenidamente el mecanismo del cerrojo, a la luz del día. Y, en cualquier caso, sabía que lo encontrarían. Si no mañana, al día siguiente... Quizá, en el peor de los casos, al cabo de unos días. Pasar unos días a solas, alejado del agotador ajetreo de la civilización, le pareció una idea bastante atractiva.

Nunca había imaginado que, a mediados de septiembre, en pleno otoño, aún pudiera haber tantos mosquitos en danza. No podía verlos ni contarlos, pero llegaban en forma de nubecillas oscuras desde la frondosa maleza y se le echaban encima con saña, con un zumbido persistente y dañino.

Bērzs se quitó el impermeable y comenzó a hacerlo girar por encima de su cabeza, a modo de ventilador, en un intento por ahuyentarlos. Aun así, varias decenas consiguieron posarse en su cara, enredarse en el pelo, pegarse a la piel del cuello, meterse por las orejas. Bērzs tenía que

aplastárselos sobre el rostro mismo, cayendo los diminutos cuerpecillos negros sobre el cemento.

¡Horrible! ¿Era esto la naturaleza?, ¿así era la soledad? ¿Dónde quedaba la contemplación, el contacto con lo primordial? ¡Uno no hacía más que volverse loco manoteando para ahuyentar los mosquitos después de que unos malditos desconocidos le hubieran robado el coche!

Eso, ¿qué le ocurriría al coche?

No le cabía duda de que tendría que pasar unos días en aquella jaula. Acostumbraba siempre a ponerse en lo peor, por muy halagüeñas que fueran las perspectivas. En los días que tuviera que estar allí, hasta que lograra escapar o fuera descubierto, habría tiempo de sobra para que el coche fuera conducido bien lejos y vendido, e incluso hasta para que volvieran a robarlo y volvieran a venderlo.

Lo del coche no le preocupaba demasiado, tarde o temprano lo recuperaría, pero los mosquitos sí que le preocupaban bastante. Llegaban en enormes hordas zumbonas, malvados, salvajes y hambrientos. Bērzš razonó que no ganaba nada esperando a que amaneciera. Los rayos del sol matutino alumbrarían su cuerpo desecado, sus huesos blancos recubiertos de puro pellejo. La sed de sangre de los mosquitos parecía insaciable.

Con la llegada del alba, Bērzš comenzó a sentir frío. Trató de mantenerse en calor dando saltos y palmeándose vigorosamente los hombros.

Salió el sol, rozando apenas las copas de los árboles. Bērzš calculó que aquellos árboles enormes darían sombra a la jaula incluso durante el mediodía y que solo por la tarde alcanzarían los rayos del sol hasta donde él se encontraba.

Ahora sí podía inspeccionar con detenimiento cuanto había a su alrededor.

La jaula se encontraba en el fondo de un barranco. Árboles y arbustos crecían en desorden, cubriendo las laderas y el borde mismo del barranco. La tormenta del verano pasado también había hecho estragos en aquel lugar. La ladera norte semejava una barricada de árboles caídos. Retorcidos y astillados, varios troncos quebrados parecían horadar el azul del cielo.

Hacía por lo menos un par de décadas que nadie había puesto un pie en aquel lugar.

Algo más abajo, hacia el fondo del barranco, borboteaba un manantial. Aunque no podía verse, el lúcido tintineo del agua corriente podía oírse con claridad. Más allá del manantial, el barranco proseguía su caída hasta un barrizal repleto de troncos entreverados de abetos caídos. Ramas muertas y afiladas sobresalían en todas las direcciones, plateadas en la base y ennegrecidas en la punta. Era como un fantasmagórico bosque de metal, derribado por las tormentas y detenido para el resto de la eternidad.

La jaula se encontraba en un terreno bastante plano. A lo largo del flanco sur, justo contra los barrotes, crecía una avellaneda con arbustos grandes y frondosos, llenos aún de racimillos de avellanas maduras.

Bērzs recogió algunas de ellas y las comió con deleite.

La avellaneda se extendía por la ladera del barranco, hasta que el verdor de las hojas iba desapareciendo entre vetustos troncos de abetos majestuosos y pinos pardos, entre el follaje amarillento de los abedules y las solitarias pirámides de los álamos.

El terreno era más húmedo en el flanco septentrional. Por allí crecían mimbreras, alisos delgados y otros arbustos que Bērzs no reconocía. Algo más lejos, por donde se oía el borboteo del manantial, se alzaba la maraña de árboles y ramas barridos desde el norte.

El flanco oeste parecía el más llano, pero la maleza era tan densa que le resultaba imposible ver más allá de un par de metros en el interior de aquella espesura.

Tras unas horas de intentos fallidos de escapar por sus propios medios, Bērzs comenzó a gritar:

—¡Eeei! ¡Ayuda!

Nada. No hubo respuesta. Nadie acudía.

Hacia el mediodía, cuando unas palomas pasaron como un silbido sobre su cabeza, comprendió la gravedad de su situación. Nunca hubiera creído que algo así pudiera ocurrirle. Hasta ayer mismo había sido libre como un pájaro y ahora se encontraba atrapado en una jaula.

La sed lo atormentaba.

El tentador manantial borboteaba lejos de su alcance. Bērzis miró con asco el líquido viscoso en el comedero. Decidió no beber de él. El hambre le retorció el estómago. La desesperación fue apoderándose de él a medida que la caída de la noche proyectaba largas sombras distorsionadas.

Sentía la cabeza como aplastada, el pecho oprimido. Las náuseas le subían hasta la garganta. Tenía la boca sequísima, los labios y la lengua hinchados.

De vez en cuando, intentaba gritar con apenas un hilo de voz.

El bosque no podía ser infinito. ¿Qué tamaño podía tener un bosque así? Bērzis no tenía forma de saberlo, pero en algún lugar debía haber alguna granja, algún camino transitado por gente. En otoño, los recolectores de setas andaban por cualquier parte del bosque donde pudieran encontrarlas. Entre el musgo del barranco alcanzaba a ver los lustrosos sombreros marrones de los boletus. No debía obsesionarse con su destino. Debía mantener la convicción firme de que lo encontrarían. Si no mañana, pasado mañana. Y si no pasado mañana, al siguiente. O quizá en una semana. Lo principal era seguir vivo.

El desánimo le hizo marearse. De forma casi involuntaria, se inclinó hacia el comedero y bebió con avidez. Algo se le cerró en el pecho. Vomitó, intentando no ensuciar el comedero. Siguió intentando beber, hasta conseguir por fin tragar el agua.

Al anoecer, Bērzis cayó en un sueño pesado e intranquilo.

Un agua fría le rozó la cara. Se despertó sobresaltado.

Una nube de lluvia atravesaba el bosque arrastrando su barba raída por entre los árboles. El viento gemía tristemente sobre las copas de los pinos, suspiraba entre los abetos de forma ronca y pesada.

Los hilillos de lluvia desaparecían mansamente entre las agujas de pinos y abetos, y tamborileaban nerviosamente sobre las hojas de los abedules, los alisos, los álamos y las mimbreras. Finas vetas de agua corrían por ramas y troncos. El manantial palpitaba.

El agua serpenteaba por los barrotes de la jaula como electricidad por un cable. Finas corrientes, límpidas y retorcidas, fluían a lo largo de las barras de acero, arrastrando consigo rojizas motas de óxido y partículas de minio.

Con el rostro pegado a los barrotes, Bērzš lamió el agua con avidez.

Aquella lluvia lo refrescó enormemente. Sus pensamientos volvieron a fluir de forma lógica y ordenada. Hizo balance de la situación: estaba solo en medio del bosque, encerrado en una jaula. Lo principal, pensó, era no ceder al pánico, concentrar todos sus recursos, toda su fuerza de voluntad. Ya llegaría alguien a rescatarlo o quizá descubriera por sí mismo la forma de escapar.

Algún buscador de setas, algún recolector de frutos del bosque, alguien pasaría. ¿Pero cuándo?, ¿en qué momento del día podrían aparecer? Tenía que encontrar alguna manera de enviar una señal, tal vez algún sonido característico, como un golpeteo de los barrotes. Aunque, por el momento, tenía que resolver su problema principal, el de la comida y la bebida.

Disponía de su impermeable con forro y, afortunadamente, también de una navaja. Recordó, con un estremecimiento de gratitud, que su madre solía recordarle siempre que un hombre sin navaja no era un hombre. Tenía sus zapatos y su reloj, la ropa y algo de dinero en el bolsillo pequeño del pantalón. Le habían quitado todo lo demás mientras estuvo inconsciente, pero no habían reparado en el dinero del bolsillo. Sonrió. ¿Dinero? ¿Qué iba a hacer con el dinero en la jaula? El dinero no le servía allí para nada. ¿Acaso podía comprar una llave? ¿O una sierra para los barrotes? ¿Comida? ¿Bebida? En la jaula, el dinero no tenía valor ninguno. Solo servía para encender fuego. En el bolsillo del impermeable también encontró unas cerillas. Aunque no era fumador, solía llevarlas consigo. Sin embargo, decidió no sacar el dinero. Cuando saliera, volvería a serle de utilidad. En cualquier caso, después de la lluvia todo estaba mojado y le sería imposible hacer fuego.

El día siguiente fue soleado y seco. Durante la primera mitad de la mañana, Bērzš contempló el vapor ascendiendo tanto de la superficie de la jaula como del bosque, como si fueran un ahumadero. Una delgada filigrana de luz atravesaba la espesura de hojas y ramas. Una niebla ensortijada y translúcida fue alzándose, deslizándose por los troncos de los árboles oscuros, pardos y grises.

Por la mañana, después de comer algunas avellanas, comenzó a cavar una poza. La tierra estaba húmeda a lo largo del flanco norte de la jaula y

Bērzs tenía la esperanza de poder procurarse una reserva de agua en aquel lugar. Trabajó toda la mañana, empleando la hoja de su navaja a modo de pico y sus manos como excavadoras. Cuanto más profundizaba, más húmeda salía la tierra. Y para cuando las alas de las palomas revolotearon de nuevo sobre su cabeza, dio la tarea por concluida. La poza estaba dando sus frutos: quizá fuera solo la lluvia de la noche, pero también era posible que el suelo estuviese recorrido por una red de diminutos manantiales. Esperaba que fuera agua subterránea, así no tendría que preocuparse de qué beber en lo sucesivo.

Por el momento, el problema de la sed había dejado de serlo. Pensó que quizá tendría que pasar hasta una semana en la jaula, tal vez dos. Hasta que lo encontraran. Estaba decidido a pasar ese tiempo sin caer en la desesperación, haciendo todo lo posible para que su vida humilde en aquellas circunstancias difíciles fuera al menos cómoda.

Bērzs cortó unas flexibles ramas de mimbre que pudo alcanzar a través de los barrotes y las fue doblando, entretejiéndolas hasta formar una especie de domo alargado. Era el apartamento más diminuto y práctico del mundo, si es que se le podía llamar así. Entretejió más ramas aún en la parte superior del domo, cerrando el extremo con palitos y hojas prensadas. A continuación, distribuyó más hojas sobre el exterior de la construcción y finalmente lo cubrió todo con el impermeable. El forro de tela escocesa se lo reservó para emplearlo como manta. Solo cuando lloviera de nuevo sabría a ciencia cierta lo efectiva que era su nueva vivienda.

Durante la noche volvió a llover y Bērzs pudo comprobar que aquel abrigadero aguantaba bastante bien. Dormir era lo único que podía hacer en su interior, pero solo eso ya suponía una mejoría importantísima.

Cubrió la superficie bajo el improvisado refugio con trozos de hierba que fue extrayendo con la navaja a lo largo del flanco sur de la jaula. En aquella parte, la hierba estaba alta y seca. Con el trozo largo de alambre, confeccionó un gancho que luego unió a una vareta flexible. Sirviéndose de este gancho, podía atraer hacia sí las ramas de los avellanos. En el caso de ramas más alejadas, intentaba hacer caer los racimillos de avellanas para luego arrastrarlos por la tierra hasta la jaula.

Bērzs logró acumular así una buena cantidad de avellanas. Estaba pensando en hacer más larga su herramienta cuando una ardilla surgió de entre los arbustos. La ardilla se comportaba como si aquel fuera su territorio. Saltaba y correteaba de forma atrevida, de un lado para otro, arrancando las avellanas. Bērzs intentó ahuyentar a su rival con un grito. De entrada, la ardilla se asustó y salió corriendo hacia un pino, emitiendo unos chillidos de enojo. Pero enseguida regresó, consciente de la diferencia entre el peligro aparente y el real. Aquel humano encerrado en la jaula no le suponía amenaza alguna.

Durante los días siguientes, la ardilla se acostumbró por completo a la presencia de Bērzs, dedicándose con tranquilidad a sus labores de recolección.

Bērzs fue recogiendo todas las ramas, palos y ramitas secas que podía alcanzar desde la jaula. Durante unos días pensó en hacer una gran hoguera humeante, echando ramas verdes sobre las secas, y también hojas, pero el fuerte viento en la parte alta del barranco no amainaba y razonó, acertadamente, que este dispersaría el humo sin que nadie alcanzara a verlo.

De entre los tallos de las acederas silvestres logró recoger bastantes palitos secos. Fue comiéndose las hojas tiernas y, con la navaja, cortó los tallos endurecidos en forma de minúsculos leños, de los que pronto tuvo un montoncito. Más que por su efecto práctico, esta recolección le sirvió para recuperar un poco la moral.

Lo mismo podría decirse de la cazoleta que se fabricó a partir de la lata de conservas. Extrajo dos gruesos terrones de tierra y construyó un hogarcillo entre ellos.

Tumbado en el interior del abrigadero lograba un cierto grado de comodidad. Cubriéndose el rostro con una esquina del impermeable lograba aislarse de los mosquitos y de su zumbido, que, de esta forma, podía incluso resultar agradable. Y si un mosquito lograba colarse, lo aplastaba en cuanto se posaba en su cara o sobre su mano desnuda. Él mismo no tenía qué comer y no estaba dispuesto a dejarse comer.

Esa noche estuvo unas horas sumido en un sueño profundo. En aquellas circunstancias inusitadas, esto podía considerarse un verdadero logro, aunque se hubiese despertado sobresaltado en un par de ocasiones,

escudriñando con los ojos muy abiertos los arbustos, la oscuridad. A través de los barrotes de la jaula le llegaba el bufido sombrío del viento.

Había muchísima humedad. Hacía frío. Bērzis se durmió aovillado, pero le despertó el silbido del viento entre los árboles. Volvió a dormirse, y volvió a despertarse, sobrecogido por un ruido inesperado. Al alba, cuando ya salía el sol, logró dormir más profundamente. Se despertó a las ocho, descansado y de buen humor.

¿Debía confiar en su ingenio?

Sí, en aquella situación su vida dependía de lo acertadamente que utilizara su ingenio. ¿Cuántas veces no se le había ocurrido una buena idea y, al compartirla con otros, su idea enseguida había atraído a toda una caterva de buenos consejeros, cada uno con sus opiniones? Y, claro, si les hacía caso a todos...

En situaciones así, nunca se lograba nada.

Bērzis contó las avellanas que había acumulado: trescientas ochenta y dos. «Tengo el desayuno asegurado durante algún tiempo», pensó. Al principio, el hambre le hostigaba constantemente, pero él se mostraba estricto en el racionamiento de sus escasas provisiones. Si comía diez avellanas cada mañana, tendría suficiente para treinta y ocho días. Quizá eso era calcular para demasiado tiempo, pero tenía toda la intención de estar preparado para lo peor.

Bērzis estudió atentamente los grupúsculos de setas que iban creciendo en el túmulo de estiércol de caballo, hojas y paja. Había visto setas comestibles en una exposición, pero sabía que no podía confiar en su memoria. Era capaz de recordar con detalle las fachadas de los edificios, los ritmos de las líneas, las relaciones entre los planos, la masa y el tamaño de los volúmenes, pero las setas como formas arquitectónicas no habían acaparado hasta entonces su atención.

Sabía que los champiñones eran hongos otoñales, pero eran demasiado parecidos a las matamoscas. No estaba del todo seguro. Examinándolas con detenimiento, le parecía que aquellas podían ser matamoscas, pero quizá solo eran setas vulgares, sin ningún valor alimenticio. Tenían sombreros grandes, algunos más grandes incluso que la palma de su mano. Había algunas que relucían con una tonalidad verdosa, mientras que otras tenían

tonos parduscos. Parecían estar cubiertas por una especie de escamas, tenían finas laminillas bajo el sombrero y algo similar a un anillo alrededor del tallo.

Intentó olerlas durante un buen rato, pero eran completamente inodoras. Finalmente, cortó una con cuidado para no estropear las raíces, por si resultaba comestible.

Al partirla en dos, la carne de la seta se volvió rosada. Sabía que los champiñones podían comerse crudos. Pero ¿y si estas resultaban ser algún tipo de seta venenosa?

«¿Me moriré si me como solo un trocito? Lo más seguro es que primero enferme y lo vomite. Si se trata de un champiñón, no pasará nada. Y si es una matamoscas, un trocito no me va a hacer daño. Bueno, ya veremos».

Probó el trozo de seta con la punta de la lengua. El sabor era agradable. Tragó saliva y esperó un poco. No se sentía mal. ¿Debería darle a probar un poco de la seta a la ardilla? Pero la ardilla no se acercaría a una seta que olía a humano. Además, la ardilla no se acercaría a la jaula a comer setas estando todo el bosque lleno. De sabrosos boletus. Tendría que probarla él mismo.

Comió un pequeño trozo. No ocurría nada. Esperó diez minutos. Nada. Se sentía estupendamente. Se comió la seta entera y se acostó con la conciencia tranquila. Si debía morir, al menos sería habiendo comido.

Buena cantidad de aquellas setas resultaron ser comestibles. Fue un golpe de suerte que le hizo sentirse más animado.

A la sombra de los alisos crecía también un espeso tapiz de acedera silvestre. Podía recoger las hojas hasta donde le alcanzaban los brazos al pasarlos a través de los barrotes. Comería un puñado cada día. A ese ritmo, calculó, la acedera le duraría unas dos semanas. Pero debía comer un puñado diario al menos.

Le preocupaba volverse débil y apático.

Se alegró al ver que un par de pedos de lobo comenzaban a crecer junto a los cimientos del flanco sur. Quedaban a su alcance y sabía que, mientras eran pequeños, eran comestibles. Los herviría y se los comería: un pedo de lobo diario para el almuerzo. Sin embargo, la pila de palitroques comenzó a

reducirse de forma preocupante, así que decidió hervir agua solo una vez a la semana.

La poza que había excavado albergaba un agua turbia con regusto a fango y a ranas.

Cada día, alrededor del mediodía, las palomas torcaces sobrevolaban la jaula en su descenso hacia el manantial. Cuando Bērzs permanecía inmóvil, las palomas de color gris azulado solían posarse a descansar sobre los barrotes superiores. Bērzs intentó atrapar alguna en repetidas ocasiones. Extrajo varias hebras de hilo de sus calcetines y, con las fibras sintéticas, trenzó un cordel fino. Confeccionó una trampa de lazo y la colocó en la parte superior de la jaula.

Esperó todo un primer día en vano, contemplando el cielo mientras las palomas pasaban de largo. Pero al día siguiente tuvo suerte: llegaron cuatro palomas y dos de ellas se posaron justo en el interior del lazo.

Bērzs vio que se trataba de una familia de palomas: una hembra, más pequeña que el macho, y dos crías, cuyos colores (el collar azul amapola, las alas azul grisáceo y el pecho gris rojizo) no eran tan vivos como los de los padres. La torcaz más grande observaba fijamente con su ojo amarillento al hombre inmóvil. Sus patas moradas, de garras fuertes, se aferraban a un barrote de la jaula.

Bērzs pegó un tirón del lazo y la hembra quedó atrapada, batiendo las alas contra los barrotes.

Las otras palomas alzaron inmediatamente el vuelo, aterrorizadas, dejando tras de sí un fragor de alas revueltas. En cuanto las torcaces se alejaron de la jaula, el fragor volvió a transformarse en el acostumbrado rumor sereno. En el cielo relumbraban las pequeñas manchas blancas de sus pechos.

Bērzs había considerado incluso la posibilidad de enviar un mensaje con una paloma. Estando inconsciente, los ladrones le habían vaciado los bolsillos y no le habían dejado ni el cuaderno ni los documentos ni bolígrafos ni rotuladores. No tenía ni un buen trozo de papel, aparte de unos cuantos billetes de diez rublos en el bolsillo.

Tenía la esperanza de poder utilizar un carbón para escribir un mensaje de socorro en uno de los billetes, atarlo a la pata de una paloma y soltarla.

Pero al intentar escribir con el carbón, la superficie del billete, aun arrugado, repelió el polvillo oscuro. Enseguida descartó la posibilidad de enviar un mensaje.

Como el experimento del carbón y el billete no había dado resultado, intentó hacer pasar al ave por entre los barrotes de la jaula. No fue tarea fácil: la torcaz resultó ser un animal bastante grande. Viéndola batir las alas contra la parte superior de la jaula, Bērzs estimó una envergadura de más de medio metro. Finalmente, consiguió dominar al pájaro y meterlo de costado al interior de la jaula.

Como la paloma no le iba a servir de mensajera, Bērzs le dio muerte. La desplumó y la destripó. No puede decirse que le resultara una tarea agradable. Él mismo nunca habría imaginado que fuera capaz de matar una paloma, desplumarla y destriparla, pero el hambre, como un prodigioso director de orquesta, fue guiando sus movimientos.

Abrió la molleja por la mitad y extrajo un puñadito de semillas de pinos y abetos. Enjuagó la carne y la hirvió en la cazoleta para su cena. Había limpiado y lavado la lata de frutas en conserva, la había fregado y restregado a fondo, y ahora la empleaba como cazoleta y como plato.

Obtuvo un buen caldo y aunque la carne le quedó un poco cruda, le procuró energía y ánimo para seguir con vida. Empezó a pensar en tender trampas para liebres, aunque desconocía cómo atraerlas hasta los alrededores de la jaula.

Sabía que las liebres chillaban cuando buscaban aparearse, e incluso había oído aquellos chillidos en algún momento de su infancia. Esa noche, tras tender un par de trampas alrededor de la jaula, la pasó chillando como una liebre en celo. Sin embargo, sus llamadas no obtuvieron respuesta.

Tres días más tarde, las palomas torcaces volvieron a posarse sobre la jaula. En esta ocasión, solo los dos pichones. El macho adulto había desaparecido. Bērzs no logró atrapar a ninguno de los dos; el cordel se deslizó hacia el interior de la jaula y los pájaros salieron volando sin reparar apenas en la existencia de la trampa. Pero al día siguiente llegaron tres más y Bērzs volvió a atrapar a una de ellas.

Comenzaba a notarse que había adelgazado y que andaba falto de fuerzas. Dormía bien por la noche. Preparaba comida caliente solo cuando

atrapaba a una paloma. Aunque había aprendido a hervir agua empleando muy pocas ramitas, sus provisiones de leña iban disminuyendo. Dividió en cuartos las trece cerillas que le quedaban. Debería haber conseguido así cuarenta y dos cerillas, pero varias de ellas se estropearon, de modo que acabó con veintiocho. Esto aún seguía siendo una buena reserva.

El tiempo, aunque otoñal, se mantuvo templado.

La ardilla visitaba con frecuencia los avellanos, recogiendo los frutos caídos fuera del alcance del hombre. Su pelaje rojizo se deslizaba por entre las ramas como una pequeña llamarada. En ocasiones, la ardilla se acercaba a la jaula y se asentaba sobre sus patas traseras, con una avellana entre las patitas delanteras, contemplando a Bērsz con una mirada lúcida. No le tenía miedo al hombre.

Bērsz pensó que podría hacer amistad con ella, atraerla al interior de la jaula, atraparla y comérsela. No sería ético, claro, comerse a una ardilla amiga, pero su deseo de vivir era más fuerte y sabía que, llegada la ocasión, se la comería sin remordimientos.

La ardilla, sin embargo, era precavida y no se dejaba engatusar.

Bērsz pasaba a menudo buena parte del día tentando a la ardilla con un trozo de seta unido al alambre y colocado justo sobre el lugar donde había extendido su trampa de lazo. Si la ardilla acudía a la seta, caería en la trampa. Pero el bosque estaba a rebosar de setas: los boletus habían desplegado sus grandes paraguas marrones e iban venciendo lentamente. La ardilla parecía no prestarles ninguna atención a los boletus y mucho menos al trozo de seta sobre la trampa.

Bērsz se impacientaba, maldiciendo a la pequeña bestezuela, renegando en un tono suave para que su voz no delatara lo que decía. No quería asustarla.

Un gorgojo había agujereado algunas avellanas de su reserva. En varias ocasiones, al partir la cáscara con los dientes, Bērsz había acabado con solo un polvillo amargo en la boca. Se vio obligado a reducir la ración de avellanas para sus desayunos.

Comenzó a imaginar que tal vez tuviera que pasar una larga temporada en la jaula. Pensaba con intranquilidad en el invierno, el frío y las ventiscas, y su inquietud no le parecía ridícula en lo más mínimo. Pensar en la muerte

sí sería ridículo. No tenía ni idea de cómo se las apañaría para combatir el frío, sin ropa de abrigo y con una dieta tan precaria.

Había cazado cuatro torcaces, aunque habían pasado ya un par de días desde la última. Las aves, bien cebadas con las abundantes semillas del otoño, le habían ayudado a mantener sus fuerzas. Pero ya las había cazado a todas.

En vez de comerse los muslillos, los había puesto a secar. Por las noches, solía chupetear uno de ellos para aliviar el hambre. Calculaba que había perdido unos seis kilos, pero se sentía alerta y animado. Bebía agua con regularidad y, para desayunar, se comía nueve avellanas, maldiciendo siempre al gorgojo. Al mediodía, un puñado de acedera silvestre y una seta. Y para la cena, agua y chupetear un muslillo.

No pasaba, por supuesto, ni un día en que no pensara en cómo escapar. Hizo con el alambre todo tipo de ganchos. Probó a tirar del pasador introduciendo los ganchos por detrás del metal protector. Construyó también complicadísimos avíos llenos de ángulos y curvas para intentar alcanzar el cerrojo oculto tras el metal protector. Todo fue en vano. El maquiavélico constructor del cerrojo había pensado en todas las posibilidades y el pasador era simplemente imposible de alcanzar desde el interior. En un momento dado, Bērzs estuvo a punto de echarse a llorar. La tarea parecía ser sumamente sencilla y, sin embargo, en realidad era completamente imposible.

Bērzs desmontó el comedero y construyó con los tablones una especie de palanca. Para ensamblar las piezas empleó unos clavos oxidados y unas ramas de mimbre.

Intentó doblar uno de los barrotes. Momentáneamente, pareció que el acero cedería, pero fue un instante de falsa esperanza. En el momento de mayor tensión, los maderos se combaron y el sistema de palanca saltó en pedazos, golpeando a Bērzs con violencia en hombros y piernas.

Aunque había intentado desgastar uno de los barrotes, la hoja de su navaja no tenía la dureza necesaria. Pensó también en picar el cemento de los cimientos, pero no contaba con ninguna herramienta adecuada.

Caviló a conciencia en formas de enviar señales para que alguien que pudiera rescatarlo lo detectara desde la distancia. Erigió sobre la jaula una

rama larga y recta con un pañuelo de cuadros en la punta. Consideró que esa señal debía ser visible desde el borde del barranco. «Ahora la jaula tiene su bandera», pensó con tristeza.

Por las noches, al ponerse el sol, reflexionaba acerca de su vida anterior.

Resultaba raro que, a pesar del ayuno forzado, su salud estuviera mejorando. Dormía profundamente por la noche, sin sueños ni pesadillas. Desaparecieron las arritmias que anteriormente había sufrido de vez en cuando. A pesar del poco ejercicio físico que hacía, la gota dejó de atormentarlo. Su vientre funcionaba con regularidad. Se deshacía de sus deyecciones colocándolas en el extremo de un madero y catapultándolas lejos de la jaula.

Ya no sentía en las sienes la presión arterial demasiado alta y, mientras dormía, nunca experimentó aquella especie de caída a un abismo negro, como le había ocurrido en casa por las noches, cuando el corazón parecía vacilar.

Aunque pasaba todo su tiempo sobre el cemento húmedo, no se resfriaba. En casa, había sufrido resfriados crónicos, incluso durante el verano. Y ningún medicamento conseguía aliviarlo.

«A partir de ahora sabré mejor cómo debo vivir», reflexionó. «Nueve avellanas por la mañana, agua, un puñado de acedera salvaje y una seta al mediodía, y un muslo seco de paloma torcaz por la noche».

Sin embargo, Bērsz sufría terribles retortijones al pensar en carnes jugosas, en fruta, en sopa, en filetes, en pollo asado. Se retorció con aquellas punzadas en el vientre hasta que lograba desterrar de su mente toda imagen de comida del mundo civilizado. Eran recuerdos dolorosos que le provocaban espasmos en la garganta y calambres en el estómago. Debía exorcizar todos aquellos recuerdos fuera de sí.

En ocasiones, razonaba que todas las desgracias del mundo provenían de la costumbre humana de comparar. Si hubiera nacido en la jaula, si hubiera dormido siempre en un angosto refugio hecho de ramas y se hubiera criado a base de avellanas, acedera silvestre, setas y muslitos de paloma, esta situación le parecería normal: no aspiraría a nada más.

Pero él había vivido una vida diferente y no podía olvidarla. Solo la esperanza de escapar de la jaula, de que la sociedad no le abandonara a la

sinrazón de la jaula, solo esta esperanza le proporcionaba fuerzas al atardecer mientras contemplaba las puestas de sol y recordaba su vida anterior.

Durante los primeros días pensó a menudo en lo que podía estar ocurriendo en el mundo exterior. Le inquietaba no poder salir pronto y perderse algún acontecimiento social importante. Pero a medida que fueron transcurriendo los días, uno tras otro, Bērzis fue centrando toda su atención en su vida en la jaula.

Cualquier lógica habitual le resultaba inútil en aquella situación.

Intentó en vano recordar lo que había leído alguna vez acerca del ayuno. Recordaba la irritación con que había descartado los libros que trataban el ayuno como una cura. Recordaba haber abandonado los artículos que describían cómo ayunar durante largos periodos. Era información que ahora sí le vendría muy bien.

Por el momento, aún tenía algunas provisiones, si es que se podían llamar así. Pero pronto desaparecerían. Le parecía increíble que fuera posible sobrevivir con una dieta como aquella. Sin embargo, estaba vivo. Como no tenía otra opción, tenía que seguir viviendo. Le pareció que aquel hecho era un verdadero prodigio en sí: a falta de otra opción, debía vivir.

Al principio, se sintió apenado por la pérdida del coche. Su mujer y él habían ahorrado durante años, se habían privado de entretenimientos, se habían resistido a innumerables tentaciones y, ahora que por fin habían conseguido hacerse con el coche, hacía apenas un año, era otro quien se encontraba al volante mientras él seguía atrapado en aquella jaula.

A decir verdad, no era capaz de llegar a una conclusión clara con respecto al coche y a su relación con él. A veces sentía que robarle el coche a alguien era una injusticia enorme. Sin embargo, otras veces consideraba que era una simple nadería y que el coche era en realidad un objeto que no le importaba un bledo.

«Qué bien viviría afuera», pensó tumbado de espaldas, mirando al cielo estrellado. «Cómo disfrutaría de la vida, aunque fuera un pobretón. Y qué maravillosa es la vida en realidad».

En el mundo de fuera de la jaula, aquellas palabras sonarían a tópico hueco.

Con el paso del tiempo, los sucesos del exterior fueron ocupando sus pensamientos cada vez con menor frecuencia, hasta que un día se dio cuenta de que le resultaban indiferentes.

Un abejorro tardío sobrevoló la jaula zumbando sonoramente, aunque quizá fuera un avispón o algún escarabajo. ¿Habría miel? La miel debía de estar muy lejos.

Bērs no se sentía decepcionado por la vida. Siempre había tenido presente que nadie le regalaría nada. Le habían enseñado que el pan de cada día debía ganárselo con el sudor de su frente.

No era alguien dado a las ilusiones fáciles: sabía que no alcanzaría grandes logros, pero sí sus propios logros. Entendía que no había ninguna suerte extraordinaria que fuera a recaer sobre él, que solo contaba con la suya, la simple suerte ordinaria de poder trabajar, de ver sus imaginaciones transformados en una armonía de masas y líneas, de ver sus ideas convertidas en edificios.

De vez en cuando, las palabras «tengo que trabajar, tengo que trabajar» ardían en su cabeza. «Mi tiempo discurre más allá de los barrotes como un arroyuelo seco y mi barco está varado en un banco de arena». El tiempo fluía, todo un río de tiempo fluía en el bosque del tiempo que lo rodeaba. Sin embargo, a él, atrapado en la jaula, aquel caudal le estaba vedado.

—¡Malditos sean quienes me han metido aquí! —gritó a plena voz.

Bērs escuchó al bosque absorber el eco de sus palabras.

—¡Ojalá me hubieran matado! —tuvo que gritar de nuevo. De lo contrario, la rabia lo habría ahogado. Ya no podía seguir en silencio.

«Mira por dónde», observó para sí, «yo que creía que sabía controlarme».

Bērs comenzó a reflexionar sobre su propia conducta y tuvo que confesarse que aún se hacía bastantes ilusiones sobre sí mismo. ¿Autocontrol? Por supuesto, siempre dentro de lo razonable. Pero cuando la ira se volvía incontenible, tenía que desahogarse, aunque fuera contra aquel bosque mudo.

¿Y si el bosque no era mudo y era Bērs quien, simplemente, no entendía su respuesta?

¿Era posible que hubiera alguien en el bosque, observándolo en la jaula, acechando su agonía?

Estar encerrado allí le resultaba particularmente difícil porque carecía de todos los bienes materiales que le habían pertenecido en el exterior. En cualquier caso, le habrían sido completamente inútiles. ¿Qué iba a hacer con un coche si no había carretera? ¿Qué iba a hacer con un frigorífico si no había comida? ¿Qué iba a hacer con un equipo de música si no había electricidad?

Para lo único que Bērzis tenía verdadero talento en el mundo exterior era para su trabajo. Y allí dentro no podía dedicarse a ello. Nadie podía arrebatarle la posibilidad de construir en su imaginación, claro, pero no sería capaz de calcular los detalles técnicos sin disponer de papel ni mesa de dibujo ni lápices ni tinta china ni aritmómetro ni máquina calculadora.

Descubrió que cuando no había ningún otro trabajo, mantenerse vivo era un trabajo por sí mismo. El trabajo más importante e indispensable en aquel momento era vivir. Al darse cuenta de esto, sintió una oleada de energía renovada, un sentimiento de valentía y esperanza (en la medida en que estos eran posibles en la jaula) y resolvió firmemente aguantar hasta el final.

No cedería ante la jaula. Sabía que nadie lo observaba desde el bosque. Solo el bosque lo contemplaba con ojos ciegos. Solo la jaula lo observaba. La jaula continuaba al acecho de su agonía.

«Ahora veremos de qué pasta estoy hecho, cuál es mi verdadero valor». Y entonces comenzó a monologar con la jaula.

Al principio fueron palabras llenas de odio y resentimiento.

—¡Maldita jaula, estúpido criminal de acero! Has atrapado al aire libre entre tus tripas de metal. Me tienes aprisionado con tus tentáculos indestructibles. Has detenido mi marcha. ¿Sonríes con el gesto burlón del vencedor?

»El cielo azul relumbra a través de tus barrotes como el paladar del mundo a través de los dientes de la eternidad.

»¿Adónde me has arrojado?

»¿A la boca del tiempo? ¿A un reloj de arena?

»¿Acaso soy una espiga atrapada en una trilladora y mi grano terminará en tu granero?

»Un puñado de pinillos pegajosos me aprisionan. ¡Sí, jaula inmunda, tienes mi alma atrapada en el nudo fuerte de tu abrazo, pero igualmente venceré! Has entreverado tus barrotes con mi cuerpo, pero nunca lograrás introducirlos en mi cabeza. Ahí reside mi fuerza y tu debilidad. Mis pensamientos son libres como pájaros.

»No importará si muero. Saldré volando en forma de polvo a través de tus barrotes, seré libre en el origen de los átomos, mientras que tú, jaula, te oxidarás y te derrumbarás, porque ninguna jaula ha sido eterna. Solo nosotros, los hombres, somos eternos».

Sus palabras contenían, en realidad, mucho de humor negro. Bērsz esperaba no llegar a tal extremo. Confiaba en que quienes lo estuvieran buscando lograrían abrirse paso hasta él a través de la oscuridad del tiempo. Confiaba en que sus rescatadores iban acercándose a él a través de los barrotes de los días. Confiaba en que la sociedad no lo abandonaría: tenía fe en la gente que vivía en sus edificios y esta fe le proporcionaba fuerzas.

En su vida anterior había sufrido frecuentes dolores de muelas. Ahora esperaba con aprensión el momento en que empezaran a dolerle de nuevo. Por fortuna, aquel momento no llegaba. ¿Qué haría allí dentro con un dolor de muelas? Sería algo más insoportable que la jaula misma.

Pero ¿y si era al revés?

Al igual que el dolor de muelas, la jaula era un recordatorio constante de su vida, de su existencia. ¿O quizá de la brevedad de la vida? Y, al mismo tiempo, un recordatorio también de la eternidad de la vida y de la singularidad de la vida porque nunca tendría otra. Ni la tenía ahora ni la tendría jamás.

Bērsz se reía a menudo de la jaula. Era esclavo de la jaula, su siervo, pero la jaula misma era impotente frente a la multitud de personas libres en el mundo.

Si la jaula le permitía procurarse un mínimo de sustento y de calor, así como un resguardo donde dormir, entonces sí era posible vivir relativamente bien en su interior.

Bērzis no cesaba de darle vueltas, una y otra vez, a una misma idea: todas las desgracias provenían de las comparaciones. Si hubiese nacido en una jaula, ¿no le parecería que era el único lugar adecuado para la vida de un hombre? ¿No supondría entonces que el suelo de cemento y los gruesos barrotes eran el marco natural del mundo?

Además, las condiciones de vida en la jaula eran saludables. En aquel entorno limpio y alejado de los vicios de la civilización, se respiraba el aire puro de la naturaleza. A Bērzis le aterrorizaba contemplar en ocasiones que pudiera haber nacido y crecido en la jaula. ¿Qué habría sido de él entonces, en qué clase de criatura muda se habría convertido, conocedor solo del miedo, la angustia del sustento, los placeres corporales, la tortura del hambre? Cualquier otra cosa le habría sido ajena, tan remota como el arco iris sobre el bosque.

«El hombre no debe buscar consuelo en el interior de la jaula. Al fin y al cabo, una jaula no es más que una jaula», reflexionó. «No importa si se nace en ella o se llega a ella forzado por las circunstancias. Una jaula no cambia. Una jaula no puede justificarse. Uno no debe imaginar circunstancias atenuantes para la jaula. Solo debe vivir en su interior, sin intentar siquiera comunicarse con ella. Vivir tanto tiempo como sea posible. Aunque sea obvio que sus barrotes son más resistentes que la vida de una sola persona. Más duraderos».

Cuando Bērzis hizo examen de su vida en el exterior, llegó a la conclusión de que había vivido a menudo de acuerdo con la voluntad y los consejos de otras personas. No había hecho más que dar vueltas como una cobaya en su noria. En multitud de ocasiones había actuado siguiendo su propensión a imitar a sus semejantes, no por verdadera necesidad.

Había adquirido bienes materiales solo porque sus compañeros ya los poseían. Y él no quería ser menos. Por suerte, eran objetos necesarios, ya que sus compañeros solían llevar vidas razonables. Bērzis concluyó que en su otra vida se había guiado casi siempre por fórmulas y estereotipos preestablecidos, en detrimento de sus propias ideas.

Al amueblar su apartamento, había pensado: «El camarada Novadnieks ya tiene esto, y Antlāvs también, así que ¿por qué no puedo yo tener lo

mismo?». Es más, al llevar a cabo aquella tarea, había intentado superar a sus subordinados e imitar a sus superiores.

Hasta hace poco tiempo solo iba a visitar a sus padres en ocasiones contadas. Pero después se puso de moda tener una casa de campo. Casi todos sus compañeros tenían una casa de campo bastante presentable, así que Bērzs empezó a visitar más frecuentemente a sus padres. Convirtió el ático en una especie de sala de estar e incluso hizo ahondar un extremo del estanque para que se pudiera nadar en él.

Tenía también planeado construir una pista de tenis porque un escritor amigo suyo le había convencido de que una pista de tenis era indispensable en una casa de campo. Y así con todo. Había vivido sin hacer suficiente caso a sus propias ideas, sin seguir sus propias convicciones.

Después de haber pasado tanto tiempo en sociedad, Bērzs había comprendido que decir lo que pensaba podía suponer en ocasiones una importante desventaja, algo que podía tener efectos totalmente inesperados: podía volverse contra uno, como un bumerán, y hacer añicos la tranquilidad de quien hubiera dicho su verdad.

La sociedad ya había encontrado respuesta a todas las preguntas y uno no debía intentar encontrar nuevas respuestas, ya que estas solo podían alterar el equilibrio establecido a lo largo de los años. Y nada bueno podía resultar de alterar aquel equilibrio. Uno debía limitarse a interesarse por cuestiones estrictamente profesionales, invertir en ellas la energía y riqueza de las ideas propias. A cualquier otra pregunta, bastaba con respuestas trilladas y uniformes. Era la mejor forma de asegurarse el éxito y evitar el fracaso. También resultaba mucho más fácil y sencillo vivir así, sin desperdiciar energía de forma innecesaria, teniendo tiempo para los placeres y el esparcimiento. Viviendo de aquella manera, Bērzs jamás se había granjeado un enemigo y los amigos habían ido apareciendo por sí solos.

En el interior de la jaula, aquella forma de conducirse por la vida resultaba inservible. Uno debía encontrar una respuesta apropiada a cada pregunta, encontrar soluciones nuevas para cada problema. Cada día traía consigo nuevos problemas y todos estaban relacionados con el sustento, la supervivencia y la fuerza de voluntad.

No había más cuestión que una, la fundamental: vivir o morir. En el exterior aquello podía resultar ridículo y antinatural, exagerado, artificial. Pero en el interior de la jaula aquella cuestión prevalecía sobre cualquier otra.

A veces Bērsz sentía verdaderas ganas de no hacer nada.

Estaba harto de pasar hambre y de llevar una existencia lamentable. Al pensar en la palabra «lamentable», se incorporó de un salto, comenzó a deambular por la jaula y a hablar consigo mismo en voz alta:

—¿Cómo puedes llamar «lamentable» a algo que se te ha dado una sola vez y que es irrepetible?

La voz de Bērsz resonaba con indignación. Su rostro enrojeció y su apatía se disolvió como si nunca hubiera existido.

—Ya veremos, ya veremos —continuó—. ¡Te sobreviviré, viviré hasta el final! Viviré también mi muerte. Esta vida es maravillosa, ¡no puedo quejarme de nada!

«Sí, tendré que pasar un tiempo en esta jaula, hasta que me encuentren», reflexionó para sí. «Si solo me centro en lo negativo, la vida se me volverá insoportable. Con eso no ganaré nada».

Bērsz se estiró, satisfecho.

El sol otoñal brillaba entre los árboles, sin calentar apenas. Al menos no había moscas, mosquitos ni tábanos. No tenía que preocuparse por sufrir una insolación. El sol brillaba sobre el bosque, sobre la jaula.

—¡Qué maravillosa es esta jaula! —exclamó—. ¡Qué espléndida es la vida en la jaula!

Quedó un momento en silencio. La jaula no respondió.

Bērsz volvió a alzar la voz:

—Hoy no tengo que ir a ninguna parte. Puedo pasarme aquí todo el día. ¿No es esto con lo que había soñado en el mundo exterior? Ahora vivo sin preocupaciones. Esta jaula es como un balneario particular.

»¿Quién va a reclamarme algo aquí? ¿Quién va a negarse a firmar una solicitud? ¿Quién se atreverá a decirme cómo debo construir una casa, qué tipo de fachada debe tener y qué materiales debo emplear?

»La jaula es mi único amigo.

»La jaula es el paraíso de cualquier aficionado: en la jaula soy el único arquitecto, el único especialista, y nadie puede juzgar el grado de mis conocimientos. Soy insustituible e impagable porque la jaula no puede sustituirme ni pagarme.

»Soy la autoridad indiscutible de la jaula, elegido por unanimidad. Porque mi voto es en realidad el único. Y tengo potestad para decidir el destino de mis subordinados porque también soy yo el único subordinado. Es una situación ideal, cuando los intereses del de arriba coinciden con los intereses del de abajo. Así que, ¿vivir o morir? Acepto la decisión unánime: ¡vivir! Nadie me impide hacer lo contrario. La unanimidad es evidente.

A Bērz se le ocurrió entonces otra forma de resistirse a la jaula.

—¿Sabes?, jaula —dijo de repente—, me gusta tanto vivir aquí que he decidido quedarme para siempre. Ni siquiera me planteo salir. Sí, ni lo pienses siquiera. No te creas que puedes echarme fuera, no esperes deshacerte de mí. A mí nunca me ha sacado nadie de una jaula.

—¿Qué? —respondió la Jaula desconcertada.

—¡Ajá, mira por dónde! Sabía que no te gustaría, pero no hay nada que hacer. ¿Creías que quería escaparme por entre los barrotes? En absoluto. Ni se me ha pasado esa idea por la cabeza. Aquí me quedo y no hay nada que puedas hacerme con todos tus barrotes de acero. Es así de simple: no pienso irme.

—¿Qué? ¿Que no quieres irte? —la Jaula seguía desconcertada—. ¡Lo que pasa es que no puedes!

—¿Que no puedo? —respondió Bērz—. Puedo hacer lo que quiera. Y lo que quiero es fastidiarte, así que me quedo.

Bērz disfrutó con la confusión momentánea de la jaula, que no había sospechado su estratagema, aquella vuelta a la tortilla. Pero entonces la jaula se repuso y también ella rio de buena gana. El cielo azul brillaba entre sus barrotes como el suave paladar del mundo.

¿Cuánto tiempo lograría Bērz animarse a sí mismo de aquella manera? En cualquier caso, era bueno que conservara su sentido del humor en vez de desesperarse y ponerse a maldecir a la jaula como el día anterior. Aquello solo había servido para amargarle el día. Porque la jaula era incapaz de sentir nada.

A la jaula simplemente no podían importarle sus imprecaciones. Era incapaz de sentir culpa porque carecía de conciencia. Estaba más allá de la esfera de los sentimientos; eran realidades que le resultaban del todo ajenas. Era imposible comunicarse con ella. Solo cabía resignarse a su presencia. Enfurecerse contra la jaula resultaba completamente inútil. Bērsz podía darse de cabezazos contra los barrotes de acero si quería, pero todo quedaría en eso.

Esperaba que lo encontraran, aunque cada vez le resultaba más difícil mantener la esperanza.

«¿Y si no me encuentran?».

Una hora más tarde, durante la puesta de sol, se sentó con la cabeza apoyada en los barrotes. «¿Y si quienes me buscan han perdido la esperanza? ¿Y si la suerte me ha abandonado? ¿Y si estoy condenado a permanecer en esta jaula de por vida, eternamente? Entonces mi única esperanza es el tiempo. Tendré que aguardar la llegada de la nieve, la lluvia, el sol, poner mis esperanzas en el óxido. Un día el óxido conquistará a esta maldita jaula.

»El tiempo está de mi parte, corre a mi favor, pero en realidad no me sirve de nada porque avanzamos hacia nuestros fines respectivos a velocidades totalmente diferentes. La jaula se arrastra hacia su desaparición al paso casi imperceptible de un caracol. Y yo vuelo como un pájaro. Y en ese breve momento en que sobrevuelo la concha del caracol, en ese preciso instante tiene lugar mi tragedia».

¿Era aquello una tragedia y él un actor en sandalias? ¿Habrían adquirido algún sentido las antiguas palabras en aquel escenario entre rejas? ¿Máscaras? ¿Representaciones? ¡Tonterías!

«Pero igual soy el rehén de estas tonterías y ni empleando todos mis conocimientos soy capaz de abrir la puerta de esta jaula. Algún malnacido, empleando toda su inteligencia, ha inventado una cerradura endiablada, imposible de abrir desde dentro. No tengo ninguna herramienta a mi disposición, ni una palanca con la que forzar los barrotes. Las únicas herramientas de las que dispongo son mi vida y mi fuerza de voluntad.

»Soy, a la vez, el zar y el vasallo de la jaula. Soy tanto el ciudadano de a pie como el presidente de la jaula.

»¡Ríe, payaso, porque reírte sí que te está permitido!.

»Quien es fuerte, rompe los barrotes. Quien carece de fuerza, bromea sobre los barrotes. Quien es fuerte, destruye la jaula. Quien carece de fuerza, inventa una filosofía de la jaula porque esa resulta la única manera de sobrevivir en ella.

»¿Necesito leyes si estoy solo? ¿Necesito la moral si estoy solo? ¿Necesito la ética si estoy solo? ¿Y necesito mi propio yo si estoy solo?

»¡Daría cualquier cosa por tener siquiera cinco minutos de conversación con el tonto más tonto del mundo! Un ser humano a solas no es nada, solo el contacto con los hombres lo convierte en ser humano. Es una perogrullada, algo que sabía desde hace tiempo. Cuando estaba afuera, solía ser reacio al contacto con los otros, pero ahora que estoy encerrado siento deseos de llamarlos a gritos.

»Soy mi propio amo, mi propio esclavo. Mi propio juez y mi propio verdugo. Sí, puedo buscar consuelo en juegos de palabras, mi propia soga y mi propio patíbulo, pero no puedo ser yo mismo sin el resto de los hombres.

»Quizá debería tener motivos para alegrarme. Al fin y al cabo, nadie me recuerda cada mañana que tengo que afeitarme, cepillarme los dientes o darme una ducha. Por las noches, nadie me lleva de la oreja hasta el baño para obligarme a que me lave los pies. No tengo que ahorrar dinero para comida, gasolina o las fundas de los asientos del coche. No tengo que pagar el gas, el alquiler, la electricidad, ni los medicamentos. He alcanzado un ideal de frugalidad y vivo bien con muy poco.

»Soy el poseedor de la construcción más espléndida del mundo, esta jaula, donde finalmente es posible la tan ansiada intimidad con la naturaleza. La naturaleza se encuentra aquí adentro, forma parte del interior. Así es como debe ser, es lo que yo siempre decía. Y estoy seguro de que si todo sigue como hasta ahora y nadie me encuentra pronto (estoy siempre preparado para lo peor), yo mismo me convertiré en parte de la naturaleza, avanzando así hacia una unidad armónica superior.

»Alcanzaré la felicidad más plena, libre de toda preocupación, incluso la preocupación por mi vida.

»Por el momento aún respiro y mi cuerpo sigue cumpliendo con sus funciones naturales, aunque tenga el vientre completamente vacío. Debo

seguir comiendo, bebiendo agua, mordisqueando las avellanas que me quedan, un menú propio de gourmets, aunque por desgracia las setas se han acabado.

»¡Excelentísima Jaula, permítame continuar con mis escuetas inquietudes, es todo lo que pido! ¡Solo eso!.

»¡Cómo me gustaría escuchar la voz de Edīte:

“¡Venga, andando, a la ducha!”.“Necesitamos una alfombra nueva, la vieja está muy estropeada”. “¿Dónde estás, oh general, que no rescatas a tu hermano en cautiverio?”.

»Qué bien que todavía me tengo a mí mismo y puedo darme conversación de vez en cuando. Puedo seguir creyendo que aún me quedan luces, que no me he vuelto loco en estas semanas.

»¿Y si la jaula es una forma sutil de locura?».

Bērsz deambuló por la jaula, golpeteando los barrotes con una ramita. Los barrotes resonaban. Eran reales. Resistentes. La jaula era la encarnación de la fuerza bruta.

«En estos momentos, me encantaría tomarme una copita de brandy», pensó Bērsz. «Es raro, cuando estaba fuera, preocupado por los ataques de gota, apenas lo probaba. Me trataba a mí mismo como un inquisidor. Un verdadero sádico en lo tocante a cualquier deseo. ¡Un régimen de vida estricto y a dieta! ¡Y mírame ahora! ¿De qué me sirve aquí, encerrado en la jaula? Es hasta un poco aburrido esto de vivir sin gota».

En efecto, últimamente no había sufrido ningún ataque de gota. En cambio, sentía un dolor en el pecho. Seguramente había cogido frío por la noche, durmiendo al raso, cubierto solo por hojas.

Afuera, había sufrido frecuentes dolores de cabeza, probablemente a causa de la hipertensión. Ahora ya nunca los tenía. «Será porque no he leído ni una sola página. No he abierto un libro, ni un periódico, ni una revista. Es algo que me ha dado mucha tranquilidad».

Su vista era excelente. Veía con una claridad inusitada, incluso las piñas menudas de los abetos, las ramitas y las hojas más lejanas. En el exterior, solía necesitar gafas de graduación ligera. Se habrían quedado tiradas en el lugar donde se desplomó tras recibir del golpe.

El agua, que en los primeros días le había parecido tan turbia, con gusto a cieno y a ranas, ahora le resultaba sabrosísima. Le encantaba beberla y la consideraba un verdadero bálsamo contra la sed, una ayuda indispensable para la vida.

«Uno puede acostumbrarse a todo. Solo tengo que intentar no acordarme de cuando podía beber del grifo el agua cristalina de Baltezers. Si lo consigo, todo irá bien. Recuerdos de ese tipo son como arena en los ojos.

»Solo me queda una única esperanza, inmensa e inalterable, la esperanza largamente acariciada de que alguien me encuentre, de escapar con vida del tierno abrazo de acero de esta jaula.

»La fruta madura cae del árbol. Todo asciende hasta su cénit y luego desciende hacia su ocaso. Quizá yo haya alcanzado mi cénit a los treinta y cinco años. Quizá deba descender hacia mi ocaso en el interior de esta jaula, lejos de las miradas de la gente.

»Tal vez ya no esté destinado a descubrir nada nuevo. Tal vez haya agotado mis posibilidades y consumido mi talento, esparciéndolo en fragmentos nimios, ladrillo a ladrillo. Tal vez a ojos de los demás yo solo sea esa agua turbia de mi poza, que a mí me parece sabrosa y potable porque no tengo otra, mientras que para ellos no es más que un caldo cenagoso con regusto a ranas.

»¿Quién podría darme una respuesta?».

La jaula guarda un silencio absoluto.

«Yo, solo yo puedo darme respuestas. Antes no dudaba de mí mismo, no entretenía la idea de alcanzar un cénit, y es únicamente gracias a la jaula que mis pensamientos han llegado a tomar su forma actual.

»Creo que ahora sabría cómo trabajar mejor. Y lo haría. Podría hacerlo. Tendría energía y fuerza de voluntad de sobra. Dejaría atrás la impetuosidad juvenil, actuaría con más sentido común. Debería estarle agradecido a la jaula por haberme permitido comprender esto, aunque dudo que llegue a saborear sus frutos.

»¿Debería elegir el camino más difícil?».

»No, eso no es más que una estupidez en boca de quienes nunca han elegido ningún camino, quienes han ido siempre subidos a las espaldas de

otros. Si no hubiera elegido la arquitectura (que era mi camino más fácil, la dirección de menor resistencia, porque mis dones naturales se correspondían con las exigencias del trabajo), ¿acaso habría conseguido algo? ¡No, no y mil veces no!

»Lo más difícil para mí habría sido componer música, porque carezco de oído musical. No tengo ese talento. Pero para alguien con talento musical, ese sería su camino más fácil.

»¿Debería elegir el camino más fácil?

»No creo que haya un camino más fácil o más difícil. Uno debe elegir un único camino. Debe encontrarlo. Y ese camino único será tanto el más fácil como el más difícil. No hay otra solución posible.

»Si encontrara la manera de salir de la jaula, el camino al exterior, sería el hombre más feliz de la tierra. Pero no puedo. Es el único camino que me está vedado. Eso es lo peor, lo más atroz de esta jaula.

»Hay gente que anda por el mundo con sus jaulas, llevando sus barrotes a cuestras, sus setas y sus avellanas, sus trampas para palomas, su paja podrida y su estiércol de caballo, que cargan con su montón de hojas secas y su viejo comedero. Jaulas que invitan gustosamente a otras personas y las atrapan en su interior, teniéndolas cautivas durante años.

»Hay jaulas de lujo, con ropa elegante, coches, equipos de música, casas estupendas, alfombras gruesas y sofás mullidos.

»Hay jaulas menesterosas, con ropas remendadas, muebles ajados, apartamentos comunales y televisorcillos minúsculos.

»Hay jaulas de odio negro, jaulas de amor carmesí, jaulas de dolor blanco, jaulas de pasión púrpura, jaulas incoloras de vida y muerte, jaulas de envidia amarilla... Y si tú, mi semejante, si tú mismo vives en una jaula, podrías prolongar esta lista hasta el infinito.

»El único camino, el más fácil y, al mismo tiempo, el más difícil, es el que conduce al exterior de la jaula.

»Con la suavidad de su cemento, la jaula se enrosca entre los pies como una serpiente venenosa. Quien logre escapar, colgará la piel escamosa de la serpiente como un trofeo en su despacho, pero el veneno de la jaula seguirá emponzoñándole el corazón.

»¡Qué afortunado soy de haber escapado a ese destino en el exterior!».

Las noches se volvieron más despejadas. El cielo aparecía más alto y nítido. En las jaulas de las estrellas brillaba otro mundo, colmado de luz blanca.

En esos momentos, Bērsz recordaba a Edīte: «Sé que vendrás, amor mío, con pasos silenciosos sobre la tierra helada, con pies cálidos sobre el azúcar de la escarcha, vendrás a mí con paso dulce, con el cabello azul de la noche ondeando al viento, con manos blancas y estrelladas vendrás a mí.

»Por la noche, la hoja de un árbol cae sobre la escarcha, cae en las manos blancas y estrelladas. Cae durante una eternidad.

»Quizá haya hojas que caigan solo durante media eternidad, un cuarto de eternidad, un fragmento de eternidad... A menudo me despierto sobresaltado en mi guarida y contemplo la noche. Aguardo tu llegada, escruto la oscuridad con la mirada llena de esperanza, pero solo veo la hoja, congelada ya, cayendo del árbol durante media eternidad.

»Te espero, inmóvil, y la hoja espera conmigo durante esa media eternidad. Igual que la hoja se aferra a lo eterno, mi esperanza se aferra al aire de la noche, cuando la blanca luz otoñal brilla a través de la jaula del cielo y las gentes creen ser estrellas, gentes que no han conocido la jaula y cuyos amantes yacen siempre a su lado, con un brazo cálido descansando sobre sus pechos.

»Sobre mi pecho descansa el brazo de la esperanza.

»¿Cómo era su rostro?, ¿cómo era Edīte? ¿Estoy empezando a olvidarla? Tenía las manos grandes, con dedos finos y alargados. La piel, muy clara. Tenía una marca de nacimiento en la parte superior del brazo. Se veía cuando llevaba vestidos de manga corta. Los vestidos negros le quedaban especialmente bien, resaltaban la blancura y la suavidad de su piel».

Edīte tenía una habilidad especial para adelgazar rápidamente. Los hombros le despuntaban angulosos y los omóplatos le sobresalían. Pero podía, igual de rápido, si no exactamente engordar, sí transformar su figura hasta verse totalmente diferente, con hombros y brazos revestidos de una agradable redondez y una suave curvatura de la espalda. Su boca, que resultaba excesiva sobre su rostro delgado, adquiriría una apariencia normal. Y la nariz griega, una nariz de gusto clásico, dejaba de parecer puntiaguda.

Una semana podía tener un aspecto juvenil, delgada y traviesa, y a la siguiente era la imagen de una femineidad curvilínea, con labios rojos y mejillas sonrosadas.

Recordada desde la jaula, Edīte volvía a ser misteriosamente bella ante los ojos de Edmunds. Encerrado allí, sus recuerdos adquirirían nuevas formas y dimensiones. Eran recuerdos sin rencillas, ni grandes ni pequeñas, y Edmunds pudo rememorar algo que había olvidado hacía tiempo. Recordó el comienzo de su amor.

«Hace nueve años, a finales del verano, acompañé a Edīte a la casa de campo donde vivía con sus padres. Yo era, en todos los sentidos, un tipo vivaz y sensato, pero cuando estaba con ella solía quedarme confundido y sin palabras. Me daba vergüenza hablarle. En cierto momento, se me embotaron los sentidos, se encogieron en las profundidades de mi cráneo como el cadáver momificado de un pajarillo, y solo entonces comprendí lo que significaba “perder el sentido” por amor. El amor afectó a mi cerebro como una descarga eléctrica. Algo animal despertó en mí. Contemplé a Edīte con una mirada llena de deseo, me quedé en blanco, con un gesto acartonado. Ahora, recordando esto con la distancia de los años y a través de los barrotes de la jaula, no me encuentro especialmente atractivo en mi papel de enamorado.

»A Edīte, claro, no le gustaba mi idea primitiva del amor. Era una mujer joven, de veintiún años recién cumplidos, y esperaba de mí palabras tiernas y conversaciones vivificantes, encontrar la armonía de las almas. A veces sucedía que, después de haberla acompañado hasta su casa, tenía la sensación de estar despidiéndome de una muñeca altiva y muda. También aquella tarde en particular se despidió de mí con aires de superioridad y el ceño fruncido, y hasta hoy aún no sé de qué manera pude haberla ofendido.

»Me quedé a solas. Mi reloj marcaba las diez y media. Permanecí en la linde del bosque, bajo los pinos, contemplando la luz en la ventana de su habitación. Era un fulgor continuo. Seguí allí hasta quedarme helado. La tierra era blanda bajo los árboles y estaba cubierta de agujas de pino descompuestas. Seguí allí, hundiéndome en aquella masa mullida que me llegaba a los tobillos. Pensé que para cuando llegara la mañana me habría hundido hasta la cintura. Su luz seguía encendida. Comenzó a llover. Al

principio era una llovizna cálida y suave, y luego devino cada vez más fría y cortante, más brusca y desagradable. Sentí que el forro mojado de mi chaqueta se me pegaba a la camisa y que la humedad me corría por la espalda. Las ramas de los pinos sobre mi cabeza no conseguían cobijarme de la lluvia. La luz en la ventana seguía encendida, pero yo había decidido quedarme allí hasta que se apagara. Permanecí firme, en pie, aterido, hundiéndome más y más en el blando estrato terroso. Cuanto más frío tenía, cuanto más me hundía, más feliz me sentía.

»A decir verdad, hasta entonces no había sabido si mis sentimientos por Edīte podían considerarse como amor. Me avergonzaba de mis deseos animales, pero el frío y la lluvia fueron acabando con el animal que me poseía. Me quedé de pie, hundiéndome en la tierra, empapado de lluvia. Mi razón me decía que era una estupidez mojarse y quedarse helado mirando a la ventana, aunque la luz siguiera encendida. Sin embargo, eso es lo que hice. Me quedé porque amaba a Edīte. Lágrimas de alegría corrieron por mis mejillas, mezclándose con la lluvia fría. Y le agradecí de todo corazón a la naturaleza que me hubiera revelado aquel amor.

»Los aguadores celestiales vertían el agua a cántaros, pero eran incapaces de apagar el fulgor de su ventana. Yo estaba empapado, calado hasta los huesos, helado hasta las entrañas, cuando la luz finalmente se apagó. Entonces saqué los pies del barro, me quité la chaqueta y la estrujé, me escurrí los pantalones y supe que me casaría con Edīte, costara lo que costara.

»Es extraño recordar esto ahora. Gracias a la lluvia, comprendí lo que era el amor. Y gracias a la jaula, he comprendido lo que es la vida, lo que significa el trabajo, lo que las personas significan para mí, lo que significa la posibilidad de caminar por un sendero del bosque, recogiendo piñas y escuchando a los pájaros».

Con un carboncillo, Bērzis dibujaba extraños edificios sobre el cemento. Dibujó ciudades enteras, borrándolas a continuación. En esos momentos en que su imaginación erigía edificios y fachadas, combinaciones inesperadas y soluciones novedosas, se sentía feliz, incluso en el interior de la jaula.

Siempre y cuando no enfrentara su mirada a la muda simetría de los barrotes.

La jaula había hecho desaparecer al consumidor, dejando solo al creador. Pero la jaula también encerraba al creador en su abrazo de acero, permitiéndole saborear los frutos de su trabajo solo en el pensamiento.

¡Qué exigencias y expectativas, qué caprichos y deseos había tenido cuando vivía en el exterior! Hacía ya muchos días que había dividido el mundo en dos mitades: el mundo exterior y el de la jaula. En el mundo de la jaula, Edmunds era tímido y modesto en cuanto a sus exigencias y expectativas, sus caprichos y deseos.

¿Exigencias, caprichos, deseos?

No, en realidad no pensaba en palabras tan altisonantes. Se limitaba a desear que la jaula le permitiera a Edīte entrar allí un solo día al mes, que pudiera tener consigo las prendas de ropa más elementales, algo que le protegiera del frío y del aliento afilado del invierno. Deseaba un poco de comida caliente. Y nada más.

«No, no estoy siendo del todo sincero», reflexionó. «¡Lo único que quiero de verdad es salir de aquí! Pero ¿es posible siquiera? Creer en milagros no sirve de nada. Mejor que me acostumbre a la vida en la jaula».

Se acordó de personas que le habían sido cercanas y no supo si se alegraría de que pudieran estar con él en la jaula, siempre que hubiera comida y refugio para ellas. Imaginó aquella situación de forma tan nítida que sintió que se le cortaba el aliento. Comprendió que la soledad misma era la jaula más terrible en la que un hombre podía encerrarse. La soledad era algo bueno solo si uno podía interrumpirla cuando quisiera.

Si a principios del otoño los alrededores de la jaula habían estado poblados por una multitud de aves que trinaban, silbaban y gorjeaban, ahora solo se oían muy de vez en cuando los graznidos estridentes de los arrendajos y el suave repiqueteo de los pájaros carpinteros. Muchas aves habían abandonado el bosque, emigrando hacia tierras más cálidas. ¿Tierras más cálidas? ¿Acaso existían? Los vencejos, las golondrinas y las oropéndolas ya se habían marchado. Al resto de pájaros no los conocía. Pero deseó que volvieran a revolotear a su alrededor, que la polifonía de sus voces ahogara por un momento la voz de su soledad. Sin embargo, aquel deseo era inútil: el tiempo era implacable, no atendía a deseos. El tiempo, con su zumbido terrible, avanzaba hacia el invierno.

Un herrerillo solitario revoloteó fugazmente sobre la jaula.

¿A quién podía dirigirse con sus deseos? La naturaleza hablaba otro idioma y no lo entendía. ¿Y si la naturaleza se sentía tan impotente como él mismo y contemplaba, con un horror mudo, la agonía de un hombre entre aquellas garras de acero?

La naturaleza se sonrojó, avergonzada de impotencia. Se ruborizaron los árboles y las hojas arrastradas por el viento sobrevolaron la jaula como pájaros escarlata, posándose con un susurro sobre los barrotes. Bērzs oyó el murmullo de las hojas y pensó: «La naturaleza no me dejará a solas, la naturaleza no me abandonará».

A veces su cabeza se vaciaba de tal modo que no recordaba nada, no pensaba en nada, y Bērzs se limitaba a quedarse echado sobre la gruesa capa de hojas caídas y a observar el carrusel de hojas que revoloteaba sobre él. Hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, hojas, un continuo mensaje telegráfico se inscribía en su pensamiento: «También yo soy una hoja, estoy fuera de la jaula, me aferro a la rama del árbol, el viento sopla, me descuelgo de la rama, vuelo, girando con lentitud en el aire, vuelo entre otras hojas».

«Nosotras, las hojas, tenemos un propósito distinto, nuestro propio destino. Debemos caer en la jaula, colarnos a través de los barrotes, ése es nuestro propósito. Posarnos, con un suave crujido, sobre el suelo de cemento, sobre el hombre solitario. Debemos cubrir su rostro entristecido. Debemos atenuar su pena, mitigar su soledad. Somos las hojas de la brisa otoñal. El hombre no puede amarillear por sí mismo: es terco y fuerte, pero también está triste. Volemos, giremos en remolinos, molamos la tristeza del hombre. Hagamos de su tristeza una harina otoñal. Que la harina dorada cubra sus sienes, que pueda hornear con las hojas el pan de su esperanza, el pan amargo de su esperanza. Porque el hombre vive de pan. La muela de molino del tiempo muele al hombre: también él será parte del pan de su esperanza. Volemos, giremos en el molino del tiempo, entremos en la jaula a través de los barrotes, que el hombre entienda que no está solo, que el canto suave y apacible de la esperanza lo acompaña, que la harina dorada del otoño se abre paso por entre los dientes de la jaula».

Bērzs nunca se había imaginado una soledad tan prolongada. ¿Sería capaz de soportarla? En ocasiones sentía que era bastante llevadera. Le parecía que, rodeado de la naturaleza, la soledad no era algo tan solitario. En otras ocasiones, sin embargo, el pánico a olvidar cómo hablar, a olvidar la lengua de los hombres, se apoderaba de él. Y entonces gritaba, gritaba palabras sueltas, sin importar cuales. Eran diatribas improvisadas, sin un tema específico, y quizá solo Freud o un ordenador habrían podido desentramar en ellas algún reflejo de las profundidades de su subconsciente, algún destello de su intelecto.

Una noche se despertó al oír a alguien que se acercaba a la jaula con pasos casi inaudibles. «El bosque ha cobrado vida», se dijo.

Las hojas crujieron misteriosamente. Una silueta afilada surgió de entre la oscuridad de la maleza, deslizándose junto a la jaula. Un zorro.

Bērzs se adentró en su domo cubierto de hojas secas, manteniendo fuera la cabeza. Un sonido en la lejanía lo perturbaba. No acertaba a reconocerlo. ¿Qué animal hacía aquel ruido? Escuchó durante un buen rato el extraño sonido, que no parecía acercarse ni alejarse. Un sombrío malestar se apoderó de él.

Estaba cansado de esperar a sus salvadores.

Allí había algo más. ¿Un pájaro? ¿Un animal? Pensó que podrían ser dos árboles vecinos, rozándose el uno contra el otro. En cuanto se le ocurrió esta imagen, el sonido se convirtió efectivamente en el que hacen dos árboles rozándose: un gemido, un lamento, un llanto.

Cuando el sol brillaba, se tumbaba de espaldas y contemplaba el cielo. Sus pensamientos se entreveraban con el azul celeste. Pensaba en la muerte. Ya había transcurrido un mes. Su esperanza era mínima, pero esa misma migaja de esperanza no permitía que su fuerza y su aguante desfallecieran.

Sabía que la nada llegaría. La idea misma de «la nada» escondía en sí una paradoja. ¿Podía existir la nada? ¿Podía algo ser algo que no era nada? Pero también era consciente de que «la nada» no le resultaría agradable ni desagradable, simplemente no le sería posible controlar sus emociones.

Esto lo reconfortaba, esos momentos de claridad mental que la jaula le concedía antes de que llegase «la nada».

Pensaba a menudo en su cuerpo, hasta sentir el bombeo de los latidos de su corazón como un enorme motor. En esos momentos, dormitaba y sentía como si él mismo fuera el corazón de la jaula. En esos momentos, no albergaba en su interior sentimiento alguno de reproche ni de odio hacia ella. Sabía que ninguna criatura podía vivir sin un corazón. La jaula también necesitaba un corazón y ella misma se había procurado uno. El corazón latía, se lamentaba, se regocijaba, latía con fuerza. El corazón reverberaba contra el suelo de cemento, entre los barrotes, aquel enorme corazón humano de la jaula.

La jaula solo pensaba en sí misma. No pensaba en nadie más.

Bērzs volvió a conversar con la jaula como si fuera una persona.

—¿Para qué me retienes aquí?, ¿de qué te sirve? ¡Déjame salir!

—¡Pero tiene que haber alguien en la jaula! No pensarás que una jaula como yo puede existir vacía.

—No, no lo pienso. Pero hasta que yo llegué, tú estabas vacía.

—No es cierto —razonó la jaula. Antes de tu llegada, mi esencia de jaula ya estaba aquí.

—¿Y qué derecho tienes a hacer esto? —preguntó Bērzs.

La jaula no supo formular ninguna respuesta sensata a la pregunta. ¿Cómo iba a justificar la jaula sus derechos? La jaula, obviamente, no tenía derecho ninguno, pero tenía barrotes inexpugnables, así que se limitó a sonreír.

El agua de la poza comenzó a cubrirse de una fina lámina de hielo por las noches.

Bērzs apenas albergaba ya ninguna esperanza de salir de allí con vida. Sabía que habían llegado sus últimos días y deseaba pasarlos en paz, con la conciencia tranquila.

Solo lamentaba una cosa: no haber tenido hijos. No se debían posponer los hijos para más tarde, porque ese «más tarde» podía no llegar jamás.

No sentía rencor hacia sus semejantes. Sabía que lo habían buscado y que algún destino adverso había impedido que lo encontraran.

Una noche, el paso de un grupo de jabalíes hizo retumbar el suelo de cemento. A Bērzs lo reconfortó saber que sus restos mortales estarían

protegidos por la jaula. De lo contrario, los jabalíes lo despedazarían. Estaba seguro de que su dieta no consistía únicamente en bellotas y raíces.

Bērzs seguía dándole cuerda a su reloj cada día.

Recapituló su vida en el mundo exterior y concluyó que había valido la pena. Su trabajo le había proporcionado alegrías y satisfacciones. Su tiempo libre lo había pasado divirtiéndose. Había amado y había sido amado. Había tenido amigos.

Aunque claro, también era capaz de admitir ciertas insuficiencias: que todos habían estado demasiado absortos en las tareas y las prisas diarias y que se habían dedicado demasiado poco tiempo los unos a los otros. Absortos cada uno en sus propias preocupaciones. ¿Y él mismo, había sido mejor? No estaba seguro. También él había pensado más en sí mismo y menos en los demás porque le había parecido que era lo correcto. «Que cada uno piense primero en sí mismo, que cada uno haga por mejorarse primero a sí mismo, y que solo después se ocupe de los demás. Así el mundo será un lugar más justo». Se había esforzado por vivir de acuerdo a esta idea porque le había parecido que era lo correcto. «¿Por qué tendría que ser uno responsable del mundo entero? ¡Eso no es más que palabrería! Primero sé responsable de ti mismo, de tu trabajo, de tus relaciones con la gente. Mientras estés vivo, no te encierres en la jaula del egoísmo y verás que el mundo será un lugar mejor».

«Nosotros», ese era el pronombre correcto para hablar de responsabilidad.

A veces sus ideas se ensortijaban como la enredadera amarilla alrededor del tronco del aliso muerto. Pensaba que sería maravilloso poder alcanzar el tronco, arrastrarlo hasta la jaula y quemarlo.

Ya no le quedaba leña. Ni cerillas. Ni avellanas.

Por las noches, helaba.

La cantidad de agua en la poza iba disminuyendo a ojos vistas. Cuando bebía del agua, flotaban en ella lascas de hielo. Los vasos comunicantes subterráneos habían comenzado a cesar su actividad.

Durante el día, el sol brillaba de vez en cuando y los barrotes de la jaula se calentaban un poco. Pero al atardecer, cuando todo estaba en silencio y el bosque se quedaba rígido bajo la helada, Bērzs oía el crujido los barrotes al

enfriarse. ¿Quizá era el reumatismo del tiempo carcomiendo la vida de la jaula? ¿El reumatismo del tiempo? Bērzs sonrió levemente. Uno de los barrotes emitió un chasquido triste y apagado. Tal vez la jaula tocaba una música misteriosa.

Nubes cargadas de nieve aparecieron en el cielo. Bērzs contempló los blancos mensajeros del invierno con gran paz interior. «¿Sería la muerte en una jaula diferente a la muerte en una cama?», se preguntó. «No, la muerte es siempre igual, sea en una jaula o en cualquier otra parte del mundo».

Consideró que, a pesar de todo, había vencido a la jaula. Quizá estaba equivocado, pero pensaba que había vencido. La muerte ya era otra cosa. La muerte era simple. Llegaría sin artificios.

«He hecho todo lo que he podido. No me abandoné a la desesperación ni al pánico. No me rendí. No lamí los barrotes, suplicando. Aguanté hasta el final. Ahora es hora de irse. No me arrepiento de nada. No entiendo a quienes me encerraron aquí. Ni siquiera quiero entenderlos. Son seres despreciables. Recibirán su castigo. Debo irme. La jaula no puede impedirme que me vaya. De una forma u otra, debo irme. Antes o después. Me voy con la mente serena. Yo solo perderé la jaula, pero la jaula perderá su corazón.

»La jaula perderá su corazón».

Bērzs murmuró una y otra vez aquellas fatídicas palabras. La jaula gemía con compasión a medida que los barrotes se enfriaban. ¿Compasión? La jaula era demasiado obtusa como para sentir compasión.

Bērzs había reflexionado acerca de las sabias palabras de Séneca: «La puerta está abierta, puedes irte cuando quieras». Sí, podía salir de la jaula en cualquier momento a través de la puerta que le mostraba Séneca, abandonar la jaula y el sufrimiento, dejar atrás el frío, el hambre, la suciedad y el dolor. Pero justo cuando comprendía lo desesperado de su situación, algún resorte en su interior se tensaba, se avivaba su fuerza de voluntad, se sentía elevado y descartaba la idea del suicidio. ¿Irse por voluntad propia? No, no iba a hacerle ese favor a la jaula.

La frescura del primer amor, de la primera mañana y la primera noche, la primera rebanada de pan, la primera alegría, el primer placer, la primera montaña, el primer edificio, el primer aplauso y la primera crítica, el primer

río amargo, el primer pony gris del circo, la primera jaula, el primer y el último trazo de carbón sobre el suelo de cemento, la última jaula... Todo eso no eran más que palabras e imágenes borrosas. Nada de lo que hubiera desaparecido en la jaula del tiempo podría recuperarse.

«Mis padres me sobrevivirán. Les dolerá perderme, como le duele a todo padre y a toda madre. Como le dolerá también a mi esposa. Mi generación también me sobrevivirá. Habré desaparecido para el mundo. Pero los pocos edificios que he construido permanecerán. Y así, para el mundo, no habré desaparecido.

»Si pudiera mirarme en un espejo, no vería el suelo de cemento, los barrotes moteados de óxido, las hojas caídas y las cáscaras de avellana, la paja podrida y el comedero pringoso. Vería mi propio rostro humano porque, aunque he vivido en una jaula, no me he vuelto como ella. La humanidad me ha perdido, pero yo no me he perdido. He seguido siendo hombre».

Bērzš pasó sus últimos días echado en el interior del abrigadero, con la cabeza fuera, inconsciente la mayor parte del tiempo.

La nieve caía mansamente sobre su rostro, liviana y sutil como el olvido. Se derretía, corriéndole por las mejillas, pero poco a poco iba formando una fina capa de hielo, cubriéndole el rostro como una máscara. Solo dos manchas oscuras, por donde salía su aliento, atestiguaban que el hombre aún estaba vivo. Bajo la fina capa de nieve se adivinaban las líneas exactas de los dibujos al carbón sobre el cemento.

Bērzš yacía como una escultura blanca. Una carta, una última palabra que parpadeó en su conciencia embotada, y su firma: «la Momia». Bajo la máscara de nieve, como bajo los pálidos lienzos de lino empleados para embalsamar, se percibían los contornos de su rostro. Una nieve suave y pesada comenzó a caer y Bērzš quedó enseguida cubierto por completo: un túmulo alargado en medio de la jaula, como una momia en un sarcófago.

Un zorro se acercó a la jaula. Permaneció unos instantes frente a ella, alternando su postura, ora sobre una pata ora sobre otra, y luego se alejó corriendo a seguir con su vida de zorro.

Un pequeño grupo de personas descendió por el borde del barranco. Bordeaban los árboles caídos o trepaban por encima de ellos. Las ramas

crujían bajo la nieve. El guardabosques local estaba entre los hombres de la partida. Dijo que nunca se habría imaginado que una tragedia así pudiera ocurrir en aquel lugar abandonado por los hombres y dejado de la mano de Dios. En 1944, los fascistas alemanes habían abierto un camino en la espesura del barranco y habían construido una academia de supervivencia o un campo de internamiento y selección. Uno de los barracones de madera había contenido un calabozo, una extraña jaula. El barracón había ardiendo en el 45 y el camino hasta el barranco había desaparecido bajo la maleza. De todos modos, estaba en un lugar tan recóndito del bosque que casi nadie pasaba por allí. Quizás algún gitano errante. Durante un tiempo, un jubilado con ideales románticos que vivía en las profundidades del bosque había vagado por allí con su caballo, pero de eso hacía ya mucho tiempo, más de dos años. Hoy en día, nadie iba por aquel lugar.

Según afirmó el guardabosques, era cierto que el cerrojo solo podía abrirse desde el exterior de la jaula. ¿Quién iba a pensar que la jaula cerraría de nuevo sus fauces de metal, devorando una vida tanto tiempo después de la guerra?

Strūga contempló los barrotes y el pañuelo arrugado, congelado, en la punta del palo. Pensó con tristeza que la jaula también tenía su bandera. En aquellos momentos, cubierta de nieve, rodeada de blancos montículos, la jaula no resultaba amenazadora. Su forma surgía erguida, un animal dócil y satisfecho, vigilando la consecución de su destino.